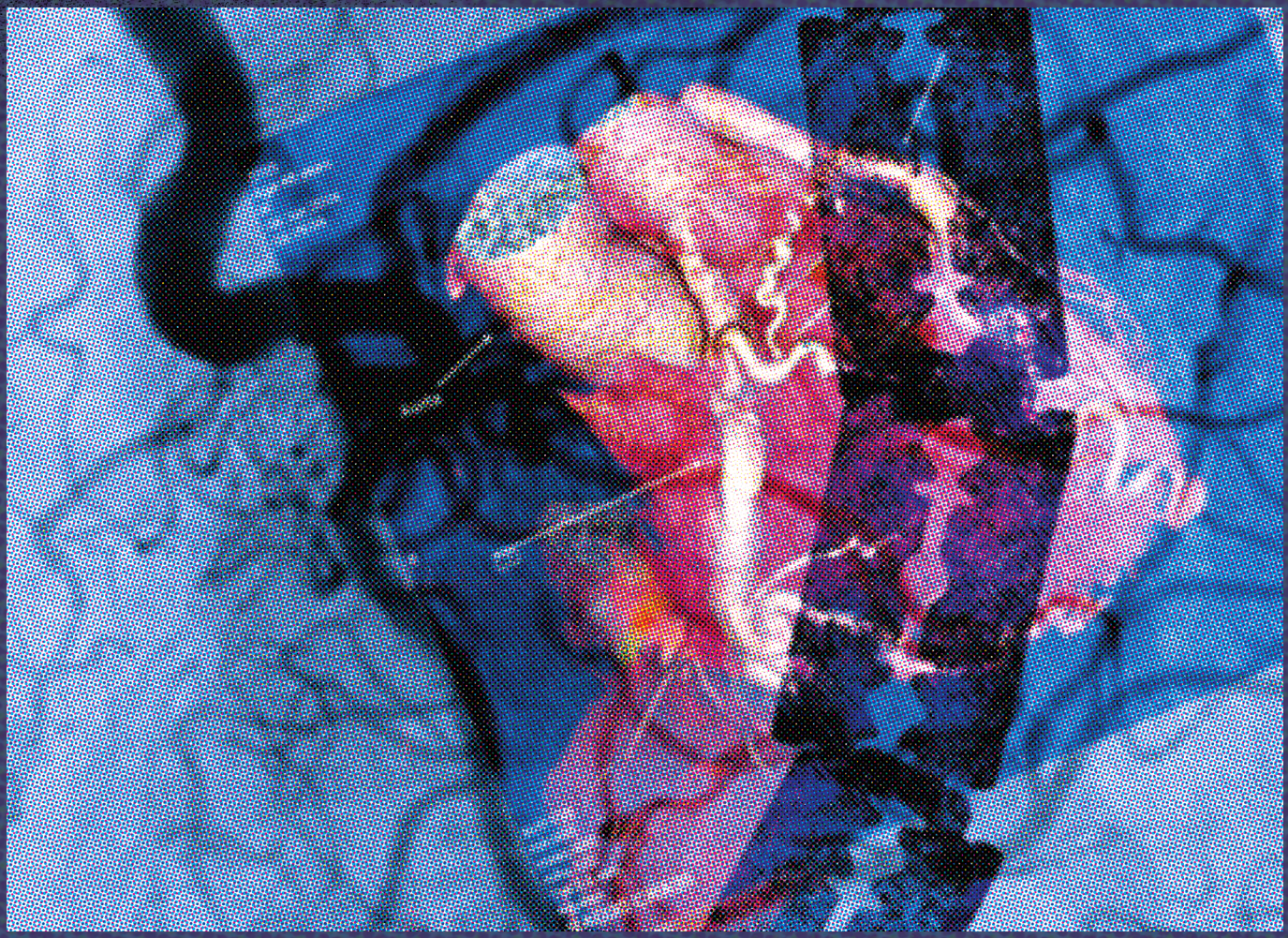
Año III Febrero - Marzo Núm. VI

Los Tiempos MUNDANOS

Periódico Bimensual de Discusión Filosófica y Cultural



Cuando el amor se vuelve cadena

Buscar la razón de vivir en la memoria como forma de reivindicar el derecho de que la imaginación, a veces, no es tanto para saber a donde llegar sino para estar convencidos de a donde no queremos jamás regresar.

El ~~amor~~ en tiempos de colapso

Amar no es huir del colapso, sino atravesarlo juntos. Es crear un n(l)osotros abierto, capaz de resistir la fragmentación que se nos impone. Tal vez el amor no “salve” en un sentido redentor, pero sí mantiene viva la posibilidad de reconocernos.

El amor en los bordes del sistema

En medio de tanto aislamiento, el desafío sea ese: volver a enamorarnos de nuestros amigos, de nuestras comunidades, de lo que somos. Ahí, en ese gesto, hay una potencia profundamente política.

500 Ejemplares Distribución Gratuita

MUNDANA
REVISTA DE FILOSOFÍA

Con el apoyo de la:
CCE AZUAY

Consejo Editorial
Diego Vintimilla Jarrín
Verónica Neira Ruiz
Antonio Fernández Parra
Eduarda Abad Mendieta
Diego Jadán-Heredia
Gabriela López Márquez
Anahí Sánchez Jara
Carla Ramos Pesántez

Director de la CCE Núcleo del Azuay
Patricio Zamora Aguilar

Contacto
Página web: revistamundana.ec
IG: mundana.revistadefilosofia

Dirección del Periódico
Eduarda Abad Mendieta

Diagramación
Martín Vasco Vinueza

Ilustración de la Portada
Antonio Fernández Parra

Corrección y Edición
Verónica Neira Ruiz

Tiraje
500 ejemplares

Nadie es **ilegal** en tierras robadas.

FUCK ICE

El ~~amor~~ en tiempos de COLAPSO

~Editorial

Cuando hablamos de filo-sofía usualmente ponemos acento en la sabiduría y pocas veces en el amor, como si pensar fuera un ejercicio separado de la vida, del cuerpo y del vínculo con los otros. Sin embargo, la filosofía nace del deseo y no del dominio; es un impulso que nos saca de nosotros mismos y nos expone a lo que no controlamos. Pensar es un acto de amor que implica apertura, riesgo y reconocimiento de una alteridad que nos transforma.

Hablar de amor en tiempos de colapso nos exige desplazarlo del lugar común que lo reduce a consigna. Aunque puede sonar ingenuo, decir que "el amor nos va a salvar"quizás tenga razón, siempre que entendamos de qué amor hablamos. No un amor domesticado por el mercado ni del acto privatizado en la pareja; un amor como potencia creadora que funda vínculos y horizontes de sentido compartido. El colapso no es solo económico o ecológico; es también relacional. **El capitalismo privatiza hasta nuestra capacidad de reconocernos en la piel del otro, de sentir lo que ocurre a quien tenemos al lado.** Frente a esa lógica de aislamiento, el amor aparece como una fuerza profundamente política: nos recuerda que la subjetividad no es autosuficiente, que toda vida se sostiene en redes visibles e invisibles de cuidado, memoria, afecto y resistencia.

Hacer filosofía, en este contexto, es un gesto amoroso. No porque endulce la realidad, sino porque se niega a la indiferencia. Reconociéndonos en María Zambrano, como"soledades en convivencia": cada quien habita su propia intemperie, pero solo en el encuentro esa soledad se vuelve habitable. El amor no borra la diferencia; la acoge y crea un sujeto común.

Amar no es huir del colapso, sino atravesarlo juntos. Es crear un n(l)osotros abierto, capaz de resistir la fragmentación que se nos impone. Tal vez el amor no "salve" en un sentido redentor, pero sí mantiene viva la posibilidad de reconocernos, de cuidar la vida común y de imaginar otros modos de existir cuando todo parece derrumbarse y aún así seguimos buscando alternativas.

COLECTIVO MUNDANA

AMAR NO BASTA
gestar, perder, retirarse

~J. Barish

"Estar embarazada es una forma de morir", escribe Gabriela Ponce en *Sanguínea* (2019). No como metáfora, sino como constatación corporal: el embarazo no es promesa, es desposesión. Algo del yo se entrega sin garantía de retorno. Yo también lo supe así: no como milagro —pese a que en mi caso el embarazo, después de una pérdida y tantos años de intentos, lo era—, sino como una experiencia límite donde el cuerpo deja de pertenecer del todo y la vida se vuelve una responsabilidad.

Butler (2006) piensa el cuerpo como exposición y vulnerabilidad. En el embarazo, esa condición se radicaliza: el cuerpo deja de ser solo propio. Amar ahí no es sentir ternura, es habitar una fragilidad compartida que puede volverse insoportable, en el embarazo vivido desde mi carne todo era frágil: moverse, caminar, trabajar, bajar o subir gradas; todo podía llevar al cuerpo al límite de la desaparición.

En *Sanguínea*, el embarazo no conduce a la maternidad, sino a una pregunta incómoda: ¿qué ocurre cuando hay amor, pero no es suficiente? Esta distinción es una bomba de tiempo en cualquier discurso idealizado sobre la crianza. Desmonta la ecuación más repetida —amor = legitimidad— y deja al descubierto algo que suele callarse: no todo amor funda un vínculo sostenible.

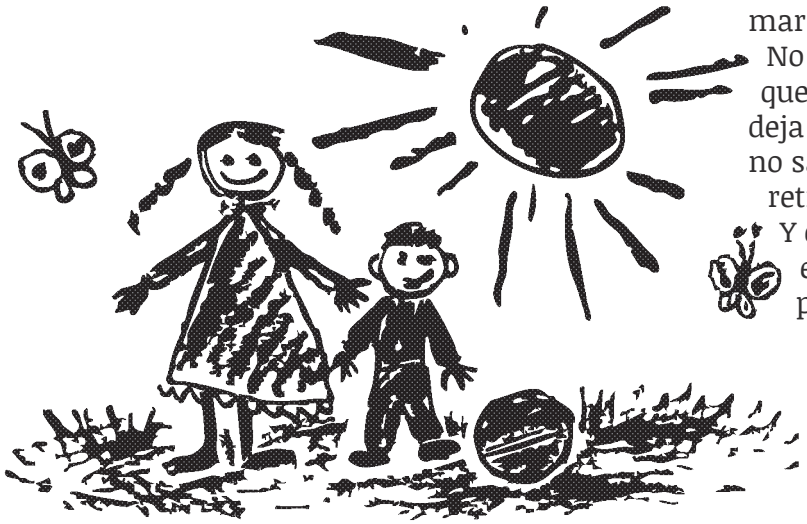
Yo también aprendí eso tarde, que querer no basta, que desear no organiza el tiempo, ni el dinero, ni la energía, ni la salud mental que exige criar. La crianza no se sostiene solo con afecto, sino con condiciones materiales, redes y renuncias compartidas. Pensar lo contrario no es ingenuo: es peligroso. **Criar implica mantenerse en pie, a flote de formas antes inconcebibles**; no solo un movimiento físico para sostener, sino uno emocional y psicológico.

Por eso el texto insiste en el silencio, en lo no dicho, en la ausencia de despedida. A veces amar es callar para no mentir. No prometer lo que no se puede sostener. No convertir al otro en salvación. El amor materno entendido como instinto absoluto ha producido más culpa que cuidado. "No soy una madre. No soy una máquina", dice la narradora: no es rechazo del amor, sino de una identidad imposible.

Esto resuena con fuerza cuando se lo piensa junto al matrimonio o la convivencia. El vínculo no se rompe por traición ni por falta de afecto. Se desintegra. Y sobrevivir a esa desintegración exige más honestidad que heroísmo. **Como en la crianza, el amor no garantiza permanencia. No asegura forma. No promete duración.**

Sanguínea deja restos: el viento que atraviesa la cueva y luego las camisas del marido, el puño del niño que ya no es propio. No conecta escenas: conecta restos. Lo que queda cuando el amor no funda hogar, pero deja huella. No hay épica ni redención. Amar no salva, amar expone, amar, a veces, exige retirarse para no destruir.

Y decir eso —en un mundo que insiste en que el amor todo lo puede— es un acto profundamente político.



Referencias

Butler, J. (2006). *Vida precaria*. El poder del duelo y la violencia. Paidos.

Ponce, G. (2019). *Sanguínea*. Severo editorial.

Ikigai:

Cuando el "amor" se vuelve cadena

~Diego Vintimilla

Es harto famosa la sentencia de Nietzsche que dice: "Lo que se hace por amor acontece siempre más allá del bien y del mal" como forma de señalar el carácter amoral del amor; para colocarnos, sin ningún eufemismo ni mediación alguna, frente a los dilemas que enfrenta el sujeto que ama.

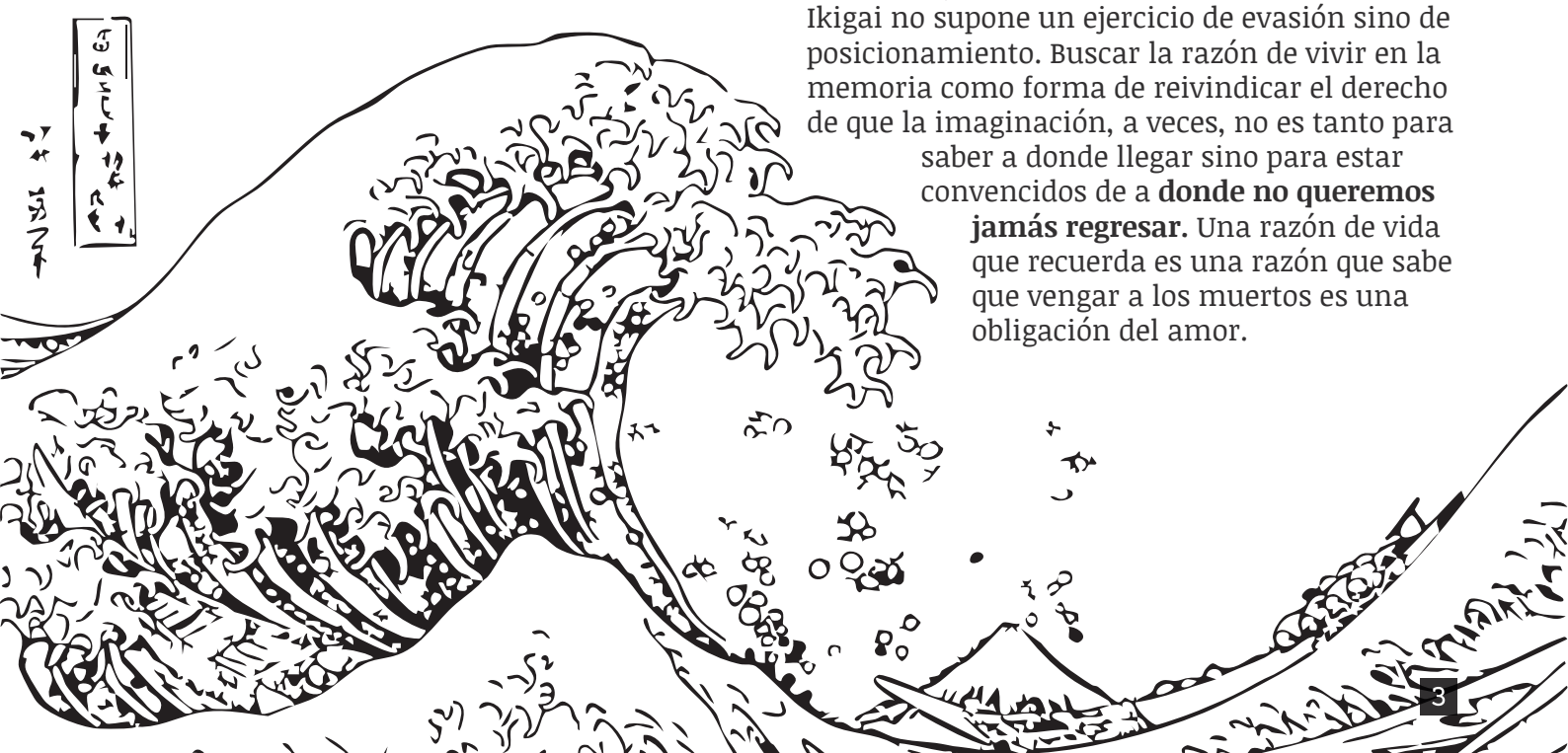
Esta frase es lo que provoca la primera escena de la obra Ikigai de Erika Mogrovejo, cuando los testimonios de víctimas relatan la forma en la que **aquellas personas que debían amarlas traicionan el vínculo para convertirlo en una cadena de sometimiento a partir de la anulación de la agencia del sujeto y el amor se instrumentaliza como herramienta de sumisión.**

¿Cómo entender, entonces, que una persona que ha sufrido un trauma a raíz de la violencia de un amor traicionado pueda buscar el Ikigai? Si partimos de la idea que buscar/encontrar la "razón de vivir" es una de las condiciones para justificar la existencia; la obra nos expone esa tensión: buscar algo que no sabemos bien como se ve pero que sabemos la importancia de encontrarlo en tanto que sirve de herramienta para recuperar/conquistar la libertad.

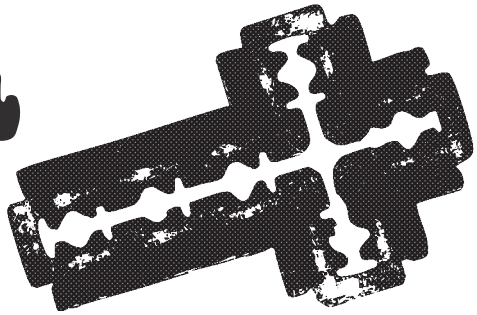
Ikigai juega magistralmente con la cuerda (bungees escénicos como accesorio que utilizan lxs tres intérpretes para fijarse al techo del escenario) como representación del límite; como prolongación involuntaria del cuerpo en tanto que esa cuerda/cadena se vuelve constitutiva del sujeto violentado. Una cuerda límite que condiciona los márgenes de la vida; que se vuelve recordatorio del hecho; cuerda que pesa, que jala, que se observa, que se enrolla también en el cuerpo.

Volviendo a nuestra pregunta: ¿Cómo un ser encadenado, logra el Ikigai? Y la obra, en su segunda parte, se encarga de eso cuando toma la cuerda y sus consecuencias en los cuerpos para decodificarla sin banalizar su intención objetiva; en otras palabras, cuando lxs intérpretes asumen y reconocen la cadena, la politizan en tanto que reconocen también la cadena del otro que se encuentra en su proximidad. **Así, los seres encadenados al trauma se contextualizan en su igualdad histórica y abren la escena para enfrentar el trauma desde la mirada del común del nosotros.**

Cuando el amor (mal ejercido, valga precisarse) se vuelve cadena, la búsqueda del Ikigai no supone un ejercicio de evasión sino de posicionamiento. Buscar la razón de vivir en la memoria como forma de reivindicar el derecho de que la imaginación, a veces, no es tanto para saber a donde llegar sino para estar convencidos de a **donde no queremos jamás regresar.** Una razón de vida que recuerda es una razón que sabe que vengar a los muertos es una obligación del amor.



La navaja heredada



-Gabriela López

Este texto pudo haber sido una carta con lo que nunca le dije a alguna pareja, una queja desde la herida abierta, el tentador intento de racionalizar el dolor de ciertos afectos o, incluso un manifiesto contra la intimidad "uno a uno". Trataré de que sea, más bien, una mirada compasiva a los sinsentidos que me gobiernan y, a la vez, nos gobiernan. Los que me heredaron, los que se me pegaron, los que elegí en algún punto mantener y los que inconscientemente he perpetuado en el camino.

Quiero hablar también de la intimidad como quimera: a veces la persigo y a veces le temo, como si acercarme fuera automáticamente perderme. Quiero pensar la intimidad como territorio en el que a veces voy de paso, a veces es hogar, a veces es inhabitable y otras es tan anhelado que terminamos trazando estrategias de colonización afectiva.

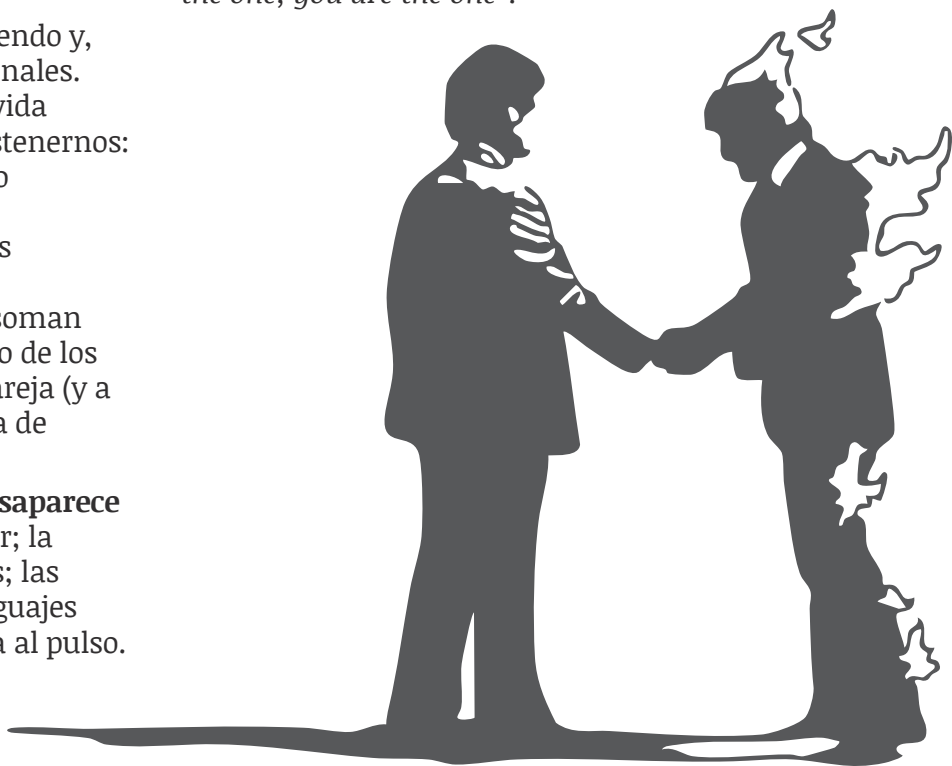
No puedo evitar pensar que "el amor" es difícil, sobre todo para nosotras, porque aprendimos a habitarlo en códigos de dolor y abnegación. A muchas generaciones de mujeres se les enseñó que amar era aguantar negando lo propio. **Entonces la intimidad y el amor se volvieron parte de un pacto perverso firmado con el cuerpo y pagado con el silencio y la negación.**

Pero esos marcos se están moviendo y, así, las certezas de los vínculos tradicionales. Siento cada vez con más fuerza que la vida empuja a construir otras formas de sostenernos: amistades como hogares cálidos que no aprisionan, redes de cuidado diversas, compañías animales, alianzas y afectos colectivos que no caben en los álbumes familiares. Los afectos comunitarios asoman como posibilidad real de repartir el peso de los vínculos exclusivos y descentrar a la pareja (y a la familia) como único refugio y fábrica de producción de afectos.

Siendo honesta, el apego no desaparece por decreto. El cuerpo quiere pertenecer; la memoria busca coordenadas conocidas; las rutinas comunes generan curiosos lenguajes compartidos y la ternura del otro llama al pulso. Ahí ocurre la fricción: habitar una época más "móvil" con herramientas análogas. La idea tradicional del amor se vuelve una navaja en la mano que, en el correr de estos tiempos, me hiere y a veces hiere al otro.

Apuesto a ver al amor como reaprendizaje ético y político (no necesariamente será la apuesta de todo el mundo, lo sé). No pasaría por enfriar los vínculos y dejar de crear lenguajes co-construidos, sino que implicaría volvernos afectivamente responsables con radicalidad, cuestionar los cimientos de la propia identidad individual y los modelos mentales que asumimos, mirar con honestidad las referencias que usamos para medir lo "aceptable" en el relacionamiento con el otro y, finalmente, aspirar a intimidades que no reproduzcan violencias sino posibilidades de buena vida. Sería, en definitiva, reaprender el querer y construir complicidades con los ojos bien abiertos y sin aceptar silencios.

Lo fácil será siempre repetir el guion, anestesiarme con la sucesión de vínculos, guardar la navaja en la palma y fingir que no corta... hasta que corte. No es fácil. Escribo esto escuchando de fondo: "*My sweet prince, you are the one, you are the one*".



La llama viva del amor sagrado.

La mística como teoría del amor

-Fernando Prieto

Quizá todos hemos sentido, alguna vez, esa llaga extraña que no nace en el cuerpo ni se satisface con él: un deseo que no se deja colmar. Hay un tipo de amor que se define únicamente por los desbordes. La tradición mística del Siglo de Oro lo llamó amor divino: el uso del amor como experiencia sagrada que arrastra y corrompe la aparente calma de un cuerpo para desgarrarlo con una llama de amor; es decir, el fuego irrefrenable de la pasión.

Para la escritora Azucena Penas la inteligencia sola no basta para acercarse a la idea mística del amor. Hace falta una capacidad lingüística, una comprensión de que la palabra, creadora y destructora por excelencia, funda el lenguaje de los afectos. Solo dentro de esa lógica se vuelve decible lo que Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz persiguen en su poesía: que al Amado no se lo alcanza solo con inteligencia, pero tampoco sin ella.

La experiencia mística compromete al ser humano entero en un gesto holístico: razón y lenguaje, memoria y lengua de los afectos; y, al mismo tiempo, la irracionalidad de quien ama a pesar de todo, hasta rozar el delirio. Santa Teresa lo sugiere con su precisión paradójica: conocer sin conocer al amado, siendo sin ser en él. Si intentamos extraer solo un núcleo de emoción, la vivencia del amor puede volverse solo padecimiento, amor domesticado; pero si creemos que basta solo entender su lógica, traicionamos su naturaleza.

Para hablar del amor divino San Juan de la Cruz elige con precisión el filo de esa antítesis. En los versos 31-35 de Canciones entre el alma y el esposo, los que, a modo de ver de Antonio Gala, son los más luminosos en comprender la herida que causa el amor, lo vemos con nitidez: “y todos cuantos vagan / de ti me van mil gracias refiriendo, / y todos más me llagan / y déjame muriendo / un no sé qué que quedan balbuciendo”.

El amor en San Juan de la Cruz es una vía de comunicación sobre la experiencia y el conocimiento que se adquiere a través de la visión amorosa. El amor no se calma con noticias del Amado, sino que su pasión agotadora aumenta el desgarro de su presencia-ausencia. **Por esto, el alma permanece, muriendo, agónica en la espera, y ese “no sé qué” es el centro del amor divino: el lenguaje que balbucea porque tocó su límite y la palabra se vuelve materia.**

Este amor irrefrenable que nos enseña San Juan de la Cruz no admite sustitutos. Nos vuelve vulnerables porque nos quita las coartadas. Por ello acercarse a la noción mística del amor de Dios es saberse cuerpos desnudos, ajenos a toda capacidad de defensa. Nos obliga a reconocer que no somos solo inteligencia, ni solo corazón. Tal vez por esto, en fechas cuando el amor suele domesticarse, convenga recordar esta otra tradición: la de **un amor que no se posee, que se busca incansablemente, incluso más en la noche oscura y ante el cual habremos de examinarnos todos en la tarde postrimera.**

El am*r en los bordes de

Entrevista a Doménica Galarza. Guaranda 1996. Socióloga, docente y estudiante de la Maestría en Pedagogías Críticas y Problemáticas socioeducativas, UBA.

Mundana: En un contexto marcado por la precarización de la vida, la virtualización de los vínculos y la mercantilización de casi todas las dimensiones de la existencia, ¿qué sentido tiene hoy hablar de amor?

Doménica Galarza: Creo que es inevitable hablar de amor, aunque sea difícil definirlo. Justamente porque vivimos en una época profundamente individualizada, donde la subjetividad neoliberal nos empuja a pensarnos como individuos aislados, competitivos y autosuficientes. En ese escenario, el amor aparece como algo incómodo, algo que no termina de encajar. Pero no creo que haya desaparecido; más bien se ha intentado domesticarlo, reducirlo a una emoción gestionable, a una experiencia privada, despolitizada.

M: ¿Te refieres a la idea de que el amor también ha sido capturado por la lógica neoliberal?

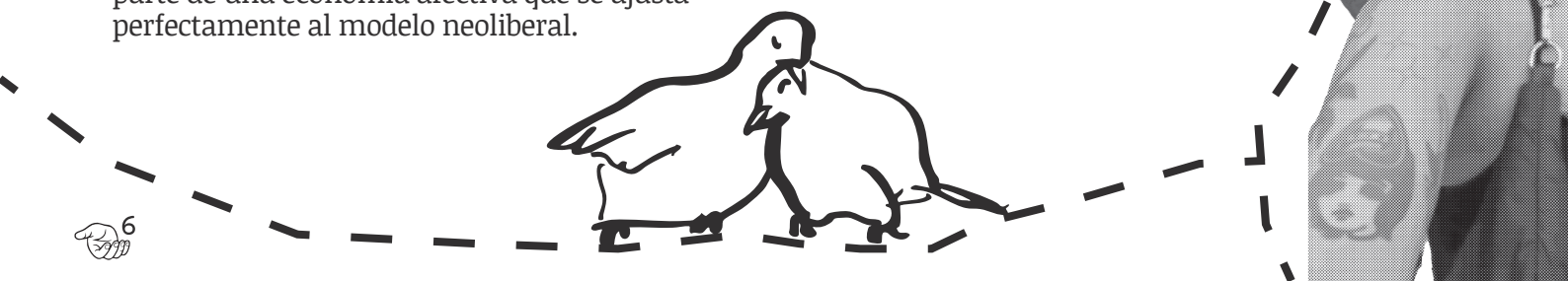
DG: Totalmente. Hoy todo pasa por una psicologización extrema de la vida. Se nos explica el mundo desde categorías emocionales: apego ansioso, apego evitativo, empatía, amor propio. Eso no es casual. Es una forma de sustituir cualquier explicación material de las desigualdades estructurales. Frente a conflictos políticos, económicos o incluso bélicos, la respuesta no es análisis ni acción colectiva, sino "gestionar emociones". El amor entra ahí como parte de una economía afectiva que se ajusta perfectamente al modelo neoliberal.

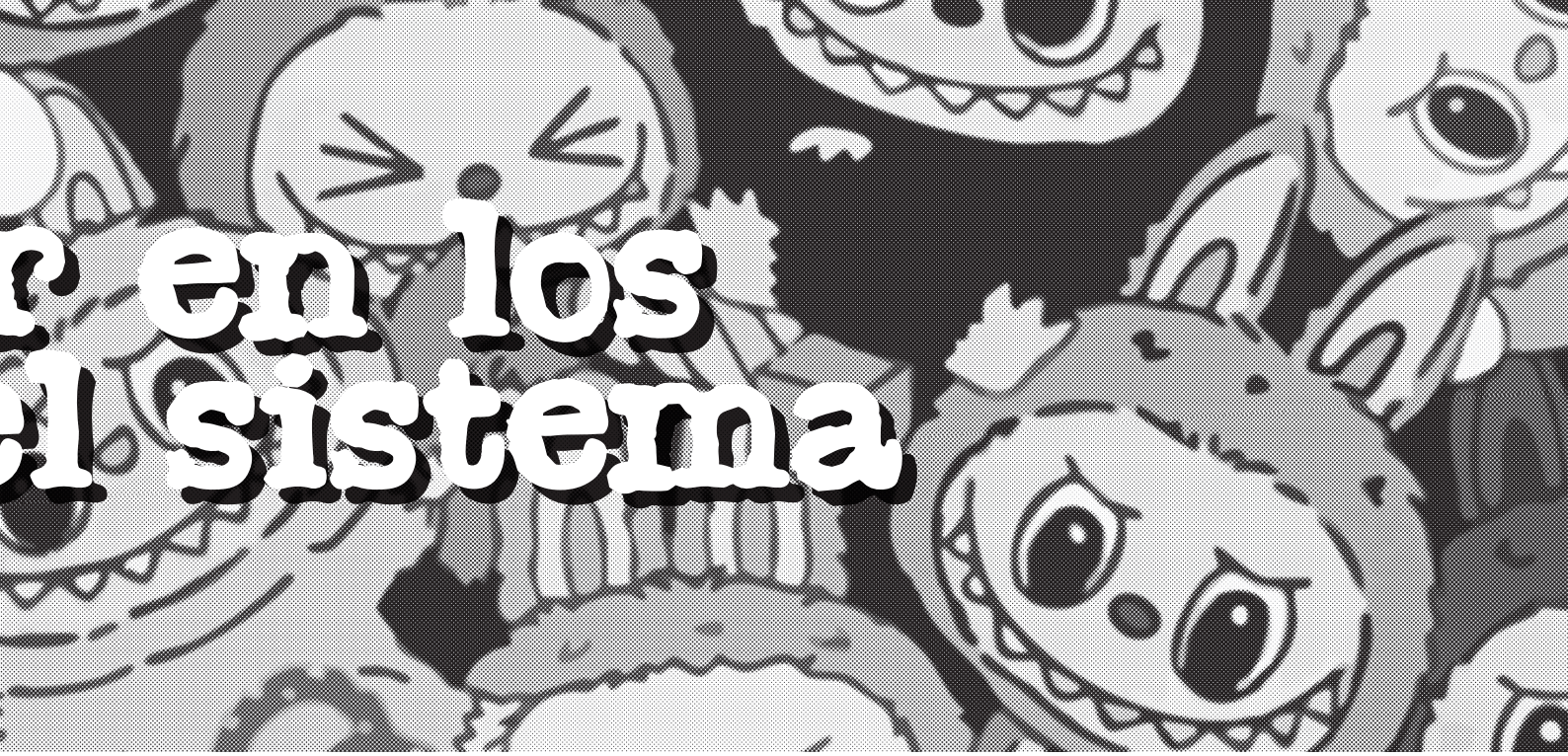
M: En ese marco, ¿dirías que el amor se ha convertido en una mercancía más?

DG: Yo creo que no todo el amor puede ser mercantilizado, y ahí está su potencia. Cuando el vínculo se vuelve transacción, cuando hablamos de relaciones que "suman" o "restan", que "aportan" o "no aportan", el amor ya no está ahí. Eso es mercado. El problema es que esa lógica se nos ha metido hasta en los vínculos más íntimos. Incluso se nos educa para pensar que los vínculos son descartables, reemplazables, como si tuvieran fecha de caducidad.

M: ¿Crees que esto tiene una dimensión histórica específica para las mujeres?

DG: Absolutamente. El amor ha sido el fundamento para el lugar que se nos asignó a las mujeres en la historia. A nuestras antepasadas no se les permitió enamorarse: se casaban, cuidaban, parían, sostenían la vida en nombre del amor. Ese amor romántico, patriarcal, ha funcionado como una captura. Nos vendieron la idea de que el amor todo lo puede, mientras nos confinaban al trabajo de cuidado no remunerado. Por eso una consigna feminista tan clara es "eso no es amor, es trabajo no pago".





c en los
el sistema

M: Entonces, ¿el amor que encarna el cuerpo de las mujeres es un amor que somete?

DG: Sí, en gran medida. Tanto en la pareja como en la familia. Por eso el trabajo de los feminismos fue tan importante: cuestionar esa idea del amor como sacrificio, como entrega absoluta. Hay que decirlo: los feminismos nunca abandonaron lo emocional. Lo que hicieron fue politizarlo, mostrar que el cuidado, el afecto y la sensibilidad podían ser también espacios de resistencia y no solo de sometimiento.

M: En contraste con esa lógica individualizante, tú hablas de un amor colectivo, incluso comunitario.

DG: Claro. Mi idea del amor no está centrada únicamente en la pareja. El amor también es vínculo con el grupo, con la comunidad, con la tierra. Pienso, por ejemplo, en las luchas populares en Ecuador o en otros países de América Latina: ahí hay una manifestación clara de amor por el territorio, por la historia, por la vida. Eso es profundamente antisistémico. Es un amor que no se compra ni se vende.

M: ¿Y qué papel juega la virtualidad en todo esto? ¿Ha transformado el amor?

DG: Las sociedades cambian y con ellas cambian los dispositivos de interacción. La virtualidad amplía las formas de comunicación, y el amor se adapta a eso. No creo que sea el problema en sí. El problema es cuando la virtualidad refuerza la lógica de consumo: vínculos rápidos, descartables, basados en la satisfacción inmediata. Pero el amor, incluso ahí, se las arregla para aparecer de maneras inesperadas.

M: Hablas de la soledad, especialmente de la soledad masculina.

DG: Sí, y creo que no es casual. Los hombres han sido educados para no mostrarse vulnerables, para no expresar afecto entre ellos. Tienen amigos, pero no lloran juntos, no se dicen que se quieren. Esa "camisa de fuerza" de la masculinidad les hace muchísimo daño. Amar también es permitirse la fragilidad, confiar en que mostrarse débil frente a otro no va a ser usado en tu contra.

M: Para cerrar, ¿podemos decir que el amor es siempre político?

DG: Yo creo que sí. Al menos el amor que se construye de manera consciente. No porque el deseo se planifique ideológicamente, sino porque nuestros valores atraviesan nuestros vínculos. No es casual dónde encontramos el amor, con quiénes nos vinculamos, qué mundos habitamos. El amor no es neutro. Y quizás hoy, en medio de tanto aislamiento, el desafío sea ese: volver a enamorarnos de nuestros amigos, de nuestras comunidades, de lo que somos. Ahí, en ese gesto, hay una potencia profundamente política.

Una carta para Pedro Borja Palacios

¿Qué palabras o discurso lograría
decir amar en la lengua de la semilla?

José Saramago

Pedrito,

no pondré sobre esta carta los detalles de tu nacimiento, eso tendrás que preguntárselo a tu mamá. Preguntar cosas a mamá, te lo diré desde ahora, nos ahorra una serie de eventos desafortunados y errores que no estamos libres de cometer. No perdemos nada en advertirlo —esto ya lo averiguarás en el futuro— que no es lo mismo preguntar que obedecer. Quizá, cuando ya tengas edad para leer esto, con fortuna, habrás cometido tus propios errores y serás infinitamente más sabio por haber desobedecido, en absoluta libertad, todo lo que te ha de parecer abyecto. Habrás amasado tus propias palabras, alargado tus propias piernas y aprendido a cómo formar con tus manos un cuenco para detener el agua que has de beber. Donde sí pongo mi fe —por gracia o fortuna— es en algo que le debo a tu madre, quien me nombró simbólicamente tu tío: que cuando tus ojos revisen por primera vez estas palabras, algo ya sepas sobre el amor o la poesía.

Esta carta que hoy te escribo se publicará en un periódico de filosofía cuyo tema del número en curso será sobre el amor. Tú, que naciste el 26 de noviembre del 2025 y yo, que nací el 26 de diciembre de 1994, casi sabemos lo mismo sobre el amor. De los filósofos, ni se diga. Si algo quieres saber sobre el amor, eso debes preguntárselo a los y las poetas. Aunque, actualmente, mientras sigas en los brazos de tu mamá el amor para ti no serán sólo estas palabras que están desgastadas por las sospechas que arrastran sus propias definiciones. Verás: los adultos como yo, ya no cabemos, en nuestra totalidad, en los brazos de mamá. Eso y nada más es el amor. Bueno, está bien, a lo mejor exagero un poco porque también hay más brazos en los que uno cabe y se sostiene, brazos que no sabes cómo lucirán en el futuro o en el día a día. El mundo es un brazo que muerde, desea y brinda para nosotros asuntos insospechados. El brazo del mundo termina en algo mejor llamado abrazo. No puedo definir exactamente lo que es un abrazo porque es un patrimonio de lo tuyo y lo mío. ¿Patrimonio? ¡Qué palabra elegí para vos! Perdóname, hace mucho que no escribo con emoción una carta, que debe ser al mismo tiempo un artículo para un periódico, que debe ser al mismo tiempo una lágrima que perdurará con mi tiempo.

Vamos de nuevo: el amor. Es una necesidad creer en el amor como creemos en los verbos. Los verbos se profieren y se manifiestan en el desvarío facultativo de la acción. El amor es propiamente un acto, una reflexión, un paradigma, una voluntad, una sospecha, una historia, una canción (o muchas, demasiadas canciones), un caos, un mito, un asombro, un deseo del invento, un intento irracional, un desvanecimiento, un cuerpo, una comunidad, una voz; pero la voz, la demoniaca ternura de lo que susurramos cuando amamos, de ahí viene el cuidado de la vida. Amar implica el cuidado de lo que puede ser destruido, Pedrito. Requiere valentía sobrevivir para amar como escribió Raúl Zurita: "[...] sobrevivirán a las marejadas, a los siglos y a los sueños como perdurarán a los poderosos, a los tercos de corazón y a los hombres que nos humillan. Estos poemas de amor a todas las cosas". Aquellos

signos de la civilización que, cuando tú crezcas, puedan parecerte preocupantes, derivarán en fecundas reflexiones sobre contradicciones. Amar es contradecirse. Todo acto de amor que se vuelve reflexivo derivará, con el tiempo, en una paradoja. Porque así como el amor es un verbo, del mismo modo es una reflexión o una idea que no es sino una abstracción total de la realidad. No amamos al otro por lo que es, lo amamos por lo que hace de nosotros. No amamos los afectos por la forma en la que se dejan acomodar en la ternura de una piel centellada por el sol, amamos lo que son por la persona que viene con ellos desde su manufactura. Es otra cosa el amor, y hablo sobre el sentimiento de pertenecer a una familia, un grupo de amigos; me refiero a la integración. Amar es sentirse integrado, pero si regresamos a la constante paradoja, Pedrito, el amor también es desintegración porque requiere de nuestra parte honrar al Yo de otra persona. Con eso, llegan ritos de autorreconocimiento que son necesarios tras nuestra anulación, ideas que Eva Illouz escribe así: « [...] ese sentirse bien, no solo con uno mismo, se ha transformado en la causa y propósito del enamorarse».

Ah, enamorarse. ¿Seguirás enamorándote a tus diez y tantos, a tus veinte y tantos? ¿Seguirá perteneciendo a lo obsoleto y también a la moda rauda eso que tanto ha sido retorcido entre lo innecesario y pintoresco? Enamorarse es como estar indeciso, emocionado, pero también indefenso. A mí me pasa que, actualmente, estoy enamorado de manera muy anticuada; es decir, impregnado de una devoción redundante. Ese enamoramiento ha generado en mí un poco de cinismo. Lo que para el corazón puede ser ambicioso, para la razón no es más que un desfile de cosas ridículas, por eso a veces el enamoramiento oscila entre lo profano y lo sagrado. Enamorarse es un poco eso, reírnos con todos los dientes de lo que podemos llegar a hacer por tener un poquito de lo inhóspito. Pero ya no puedo seguir diciéndote más sobre estas cosas porque tu mamá puede acusarme de incitador. Lejos estoy de eso, aun así, quiero que sepas que la razón de esta carta viene acompañada de la razón misma de creer. Tal vez te escribo a ti para convencerme a mí mismo sobre el amor, tal vez solo busco descuidar y debilitar el acto de la paradoja de la que te hablaba hace un rato. Lo bueno de las cartas, Pedrito, es que uno puede hablar de muchas cosas y dejar oraciones distendidas, solitarias. Cuando ames, querrás escribir cartas; estoy seguro que las primeras serán para papá y mamá. Y, en esas cartas, algo llegará desde la experiencia de tu temprana vida, desde la actividad del misterio en la grafía tuya que descubrirá la forma de cada letra. Vendrán cartas y en esas cartas amarás sin darte cuenta y definirás con mejor suerte todo lo que yo he intentado decir. Mas así esperaré cierto día una respuesta.

Enamórate de la vida, que el flechazo del ángel descuidado sea para ti la plenitud y el enaltecimiento de tu bienestar. Cuida. Espera. Vigila. Permanece. Más verbos así porque el amor es imposible de justificar desde el lenguaje, y ahora sabes bien que actuar es la única fuerza que va en busca del amor. Nada más te traumará y curará al mismo tiempo. Celebra estar vivo. Celebra la necesidad de tu corazón. Me viene a la mente ese verso de Ovidio (esto último y te dejo ir a jugar) que decía: **Quiero que algún joven, herido por la misma flecha que yo llevo clavada, reconozca, leyéndome, las señales del fuego que le consume, y tras larga admiración exclame: "¿Por dónde este poeta ha penetrado y descubierto mis ocultos dolores?"**

Te quiere desde ya,

Agustín.

CHOLA FRENTE

apuntes sobre el amor, el t

Un día, después de insistir demasiadas veces, mi abuela al fin me concedió la gracia de enseñarme a tejer paja toquilla. No fue fácil seguir el ritmo de sus dedos, ni saber dónde o en qué momento exacto empezó a conectar cada fibra, de modo que cuando me pasó la base del tejido, mis manos se petrificaron. Ella se burló de mí y fue corrigiendo mis torpezas con la misma calma con la que siembra en la tierra granitos de maíz. Cada vez que camino hacia su casa, veo morir y nacer una fila de árboles de capulíes que sobreviven al infierno de pavimento en el que se está convirtiendo mi barrio. Ya cerca, veo el humo que sale de su chimenea, de la única casita de adobe que, más que esconderse, fue forzada a apretujarse entre casas de bloque y ladrillo. Ese humo es la señal inequívoca de que está cocinando mote, quemando pushas o mashando; entonces esa nubecita blanca me dice: ella está. Existe.

Cuando le pregunté cómo sabía que había que despuntar alguna pajita, cortarla o quitarle los bordes, me decía que era muy fácil porque "es algo que sientes y ya está". No es falta de conocimiento, sino un saber encarnado que el sistema ha intentado invalidar. Adoré que ella, al igual que yo, se guíe por el sentir; esa intuición que me ha encaminado en mis decisiones y que el arquitecto González Gortázar reivindica no solo como un impulso, sino como una «forma de inteligencia y conocimiento».

Para él, al igual que en el acto de tejer, el arte y el amor son vías de entendimiento tan válidas como la lógica.

En esas tardes con ella, no solo estaba aprendiendo su oficio artesanal, sino que entendí que tejer, en sí mismo, es un acto de resistencia y resignificación: Mami Luz ya no estaba tejiendo por necesidad económica, ya no vendía su trabajo a precios que no compensaban su desgaste físico y mental y, lo más importante, ya no tenía que escuchar a señoras y señores de ciudad llamarla "chola" o "india" de forma despectiva. Ahora tejía conmigo, su nieta, y en esas charlas —aparentemente simples, pero profundamente sanadoras—me estaba enseñando a amar mi identidad, a saberme Yo.

Cada hebra tejida, deshecha y vuelta a armar también se convertía en un posicionamiento estratégico: nombrarme chola no es solo reconocerme como hija y nieta de mujeres de pollera, sino es conocer que esas mujeres fueron explotadas laboralmente, que no tuvieron oportunidad de educarse y que sus saberes y conocimientos ancestrales eran despreciados. Entonces es conectarme con mi territorio desde lo más íntimo de mi historia y, por lo tanto, defenderlo. También es una postura anticapitalista porque el capitalismo no sabe amar, sabe extraer y vender.

El tejido se volvió mi propio acto de territorialización. Como sugiere Vinciane Despret, es «entrar en agenciamiento dentro de una configuración espacial [...] un territorio no

E AL CAPITAL:

erritorio y la paja toquilla

-Alejandra Chuquiguanga

solamente es habitado. Hay tantas cosas que hacer con él». Bajo esa mirada mi territorio empieza en mi barrio, en los higuerones, en el camino señalado por capulíes y en la casa de la abuela. No es solo un espacio que habito sino un lugar que construyo a través de mis prácticas y mis afectos.

Hace algún tiempo inicié un nuevo tejido: la defensa antiminera y conocí a Elizabeth Durazno, defensora ambiental de Río Blanco, Molleturo. Más allá de su lucha incansable por proteger su territorio de la minería legal e ilegal, me impresionó su conexión y forma de escuchar la tierra; me contó que soñaba con las lagunas, que el páramo y su fauna le advertían de peligros. También me dijo que la vida en comunidad es ayudar a sembrar, compartir la cosecha, y que hay que reaprender cómo relacionarnos. Y, aunque todavía es un largo camino para que como sociedad aprendamos a vivir de esa manera, recuerdo las palabras de Gortázar cuando afirma que «todo lo que vale la pena en la vida empieza como una utopía». Imaginar y empezar a crear desde nuestros territorios espacios donde sanar, defender, luchar y cuidar nuestra forma de ver el mundo es necesario para hacer posible un futuro «más optimista, más placentero, más habitable».

Transformarnos desde nuestros actos es desafiante, pero es un primer salto de fe. En un viaje reciente a Cotacachi, conocí a Yuyak, vocalista principal de Inmortal Kultura, una agrupación de hip hop kichwa. En su presentación en Turu Uku, realizada para reunir fondos para los afectados del Paro Nacional de 2025, él dijo que no es necesario ir al campo para luchar o resistir, desde nuestros barrios lo podemos hacer; con el simple hecho de conocer quién está viviendo a nuestro lado, cómo se llama, cuáles son sus necesidades, basta para empezar una pequeña revolución.

Lo que dijo fue un golpe de realidad porque la mayoría de las veces iba a los páramos, pero descuidaba mis espacios; no sabía quién se había mudado a mi barrio o no me daba el tiempo para visitar a mi abuela. Tal como nuestros gestos cotidianos de amor, las luchas también se manifiestan en actos pequeños, en atenciones a detalles que no estamos viendo por centrarnos en cosas enormes. Por eso, como menciona Despret, hay que «ver desde el punto de vista de un pájaro», porque a veces «no hay que sentir más sino prestar atención».

Entonces el amor es detenerse, esperar a Mami Luz en el umbral de su casa; demorar la mirada y el corazón en su mano extendida ofreciéndome los higos que no se terminaron de comer los mirlos, los pocos que sobreviven a la caída de los árboles.

El amor es reconocerse en el otro, saberme chola, tal como esas cholas que en el contexto de la defensa de Kimsacocha se plantaron frente a policías, militares y presidentes para decirle NO al extractivismo.

Amar es sostener las luchas: no olvidar a los 4 niños de las Malvinas: Ismael, Josué, Steven y Nehemías, desaparecidos y asesinados por las fuerzas militares con la complicidad del Estado; porque el amor no es cobarde. Podemos temblar ante un futuro incierto que parece dirigirnos de vuelta al fascismo, pero nuestra esperanza es «decir y hacer» e ir construyendo momentos y espacios que le quiten lugar al poder. Es aquí donde la teoría de Foucault, analizada por Javier Sáez, cobra sentido: lo que realmente inquieta al sistema no es el afecto privado, sino esas «redes de solidaridad» que, al volverse colectivas y difíciles de rastrear, logran escapar al control social.

Las tardes de tejido con mi abuela nunca fueron espacios donde simplemente debía entrelazar una pajita con otra hasta formar algo hermoso, se trataba de cuidar, de escuchar su voz emocionada contándome lo que había hecho en la mañana y saber que, desde ahí, ya me estaba esperando. Yo encontré una célula revolucionaria en el amor de mi abuela, traducida a canastitas de paja toquilla que ahora obsequio a mis amigas.

La que siempre está y la que todo espera

-Issa Aguilar

Como perras locas gritábamos cuando San Valentín llegaba. Ninguna tenía novio, pero todas —enamoradas y hormonales— amábamos a imposibles, que es como aman las adolescentes lastimeras.

Es este el primer recuerdo de complicidad que tengo con mis amigas. Actividades amatorias como llorar juntas, llenarnos de consejos sin entender un ápice de la vida, chillar con las canciones románticas que pedíamos en la radio y las dedicábamos anónimamente, celebrar el 14 de febrero y cuidarnos como si no hubiese un mañana, porque, cuando se es muy joven, el mañana es un invento lejano.

Perdí contacto con mis siete amigas del colegio. Luego de algunos años, estuvieron allí, sin que lo solicitara, en uno de los momentos más complejos, en mi dolor más íntimo. Cuando les pedí que me dejaran sola, lo aceptaron, pero volvieron al rato. Comprendí, entonces, que nunca se fueron. Hoy, ellas son mi telaraña resistente, al igual que esa jorguita pequeña que armamos en los años de universidad: seis veinteañeras que jugábamos a comernos el mundo a punta de risas, excesos y protestas sociales.

El regreso de todas esas amigas me salvó el corazón y la cabeza. Pienso ahora en la incondicionalidad. Amigo incondicional parece ser un sinónimo medio deschavetado de amor verdadero. La amistad y el amor están destinados a ser y no pueden ser de otra manera. Con los amigos pasa todo el tiempo, desaparecemos por años, creamos dramas innecesarios: a veces, nos peleamos con ellos solo en nuestras cabezas; no nos comunicamos a diario; nos volvemos adultos egoístas. Pese a esto, hace falta un par de gotas de nostalgia o una conversación encriptada para saber que la distancia es un vicio que se corta de raíz. Gracias a la terapia he llegado a comprender que no todos los amigos nos entregan lo mismo que damos, esperamos o merecemos, y que eso está bien.

Mientras estudiaba Periodismo, formé, quizá, las amistades más fuertes de mi historia. Nuestros vínculos se sostuvieron en principios políticos, problemas familiares y líos de un corazón roto. Los malentendidos empezaban cuando las parejas de esos amigos y amigas me conocían. Era yo, en boca de ellos y ellas: la peor influencia. Muchas personas crearon un muro que atravesó nuestra amistad. Por supuesto, entendí que novio mata a amigo. Enseguida, comprendí que, cuando el amor se acaba, los panas permanecen, están allí cuidándonos y consolándonos con un amor superior. No es tan buen negocio cambiar un amigo por una pareja.

Mi yo adulta pensó haber mejorado las primeras impresiones con las parejas de sus amigos. Al parecer, sigo siendo, aunque en menor medida, «la amiguita con la que no me gusta que te lleves», cosa que me resulta hasta inconcebible. Me cuesta hacerle caso a mi psicóloga en eso de no recibir la amistad en la misma medida en la que yo me entrego. Siento el abandono de los panas como una laceración a quemarropa, no creo en entregar sin esperar nada a cambio. Estoy consciente de que soy una gran amiga y me atrevo a esperar lo mismo de otros. Supongo que el camino es de aprendizajes y de parchar los cortocircuitos del corazón cuando lo que anhelamos no pasa. La vida me ha regalado amigos extraordinarios. Hoy llegaron en una etapa más madura, un puercoespín tierno y una lagartija mágica, con quienes hemos aprendido a hablar el idioma más honesto y hermoso de la amistad. Doy gracias al cielo por todos los que están y los que no.

Es muy probable que siga siendo la misma perra loca que gritaba con sus amigas en San Valentín. No dejen que llegue el día en el que nuestro silencio sea la única respuesta. El secreto es que, si eso ocurre, el mínimo resquicio que abra paso al amor nos hará volver a amar, de manera inevitable.

HUNDANA
REVISTA DE FILOSOFÍA

El amor en tiempos de
COLAPSO

MÁS MUNDANA

Filosofía y estética crítica. El arte y los horizontes de la experiencia estética

La Edición 7 de MUNDANA Revista de Filosofía; "Filosofía y estética crítica. El arte y los horizontes de la experiencia estética" propone sostener una tesis la experiencia estética funciona como herramienta crítica precisamente porque no se deja capturar por conceptos cerrados. En su desajuste, en su exceso, en aquello que resiste la codificación, se aloja su potencia transformadora.

Filosofía y música en la era algorítmica

Este número 6 de MUNDANA Revista de Filosofía, no ofrece una teoría unificada ni una salida asegurada. Pero comparte una convicción inquebrantable: que pensar la música es pensar el mundo. Y que incluso en medio del ruido, de los algoritmos y del mercado, aún resiste en el sonido una potencia crítica, una vibración que se rebela, una zona de resonancia en la que el pensamiento —contra todo— se niega a silenciarse, un lugar donde otro ruido es posible.

contra-espacios: lugares de resistencia

La presente edición de MUNDANA Revista de Filosofía ha procurado rendir homenaje a Lefebvre y tantos otrxs seres eu-tópicos que se atrevieron a imaginar, proponer y luchar por una nueva comprensión del espacio y pone a consideración de sus lectorxs contra-espacios: lugares de resistencias como forma de hacer espacio para la filosofía.

Los Tiempos MUNDANOS

AMAR NO SALVA, AMAR EXPONE, AMAR A VECES, EXIGE RETIRARSE PARA NO DESTRUIR.

HUNDANA
REVISTA DE FILOSOFÍA

El amor en tiempos de
COLAPSO